



SUEÑOS DE AMÉRICA

Enrique Ochoa Antich

SUEÑOS DE AMÉRICA



Primera edición: enero 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Enrique Ochoa Antich

© Diego Rivera: dibujo de portada

ISBN: 979-13-87612-14-6

ISBN digital: 979-13-87612-15-3

Depósito legal: M-27915-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis hermanos, en particular a Isabel,
refugiado en cuya casa comencé a escribir este libro.*

Siendo la literatura, como es, un acto de saqueo (más la novela histórica) de la realidad, de eventos acontecidos personales o sociales, en esta novela —que es más glosa de las crónicas de Indias que novela— se acude una y otra vez, a veces de manera explícita y a veces no, a textos y referencias de diversos autores, artistas en general y personajes de la historia, por lo que se cumple con listarlos por anticipado, aproximadamente según su orden de aparición. El lector podrá ir así confirmando sus sospechas.

Por supuesto, Carlos de Gante, y Miguel Ángel Asturias, Ramón del Valle-Inclán, Andrea Perrucci, Miguel de Cervantes, Francisco Umbral, Francés de Zúñiga, Luis García Jambrina, Gonzalo Fernández de Oviedo, Pablo Neruda, César Vallejo, Abel Meeropol, Bartolomé de las Casas, Fito Páez, Cristóbal Colón, Confucio, Alejo Carpentier, Gabriel García Márquez, Miguel de Unamuno, Dante Alighieri, Octavio Paz, Ángel Roseblant, Francisco López de Gómara, Bernal Díaz, Silvio Rodríguez, Fernando Vallejo, Pedro Mártir de Anglería, Bernardino de Sahagún, Antonio Machado, Salvador de Madariaga, Edgar Allan Poe, Carlos Fuentes, Jorge Luis Borges, Paul Cézanne, Andrés de Cerezedá, Atahualpa Yupanqui, Guillermo Schmidhuber de la Mora, Hieronimo Bosco, José de Sigüenza, Joan Manuel Serrat, Pablo Montoya, Álvar Núñez Cabeza de Vaca, Lope de Vega, Fernando de Herrera, Nicolás Echavarría, Isabel Allende, Silvia Molloy, José Alfredo Jiménez, María del Pilar Ríos, Eurípides, Ovidio, Homero, Augusto Roa Bastos, Nicolás Naranjo Boza, Richard Irving Dodge, Gonzalo Fernández y Oviedo, Juan Gil... y la Biblia y Wikipedia.

Introito

¡Mirad sus acrobacias! ¡Vive Dios que pasman y maravillan! Por los aires saltan con sus vestiduras de colores, parecen aves de América, de esas que llaman guacamayos. Campanillean con alboroto los cascabeles que penden de sus capuchas y centellean las lentejuelas en los bordados desgastados y en los remiendos. Piruetas en la balanza. Piruetas sobre ruedas que van girando. Piruetas con zancos. Bullicio y portento de funámbulos.

¡Mirad al volatinero subido a los hombros de dos que están subidos a los hombros de cuatro que están subidos a los hombros de ocho! Torre humana como la de Babilonia, soberbia y pecado, o como la de Tenochtitlan, según los dibujos de Cortés que todos hemos admirado en la Corte.

¡Por los clavos de Cristo! ¡Mirad al equilibrista sobre la cuerda tensada entre el campanario de la iglesia y el arco carpanel del coro y de allí a la terraza del palacio del emperador! La vara que porta oscila vacilante a diestra y siniestra y de esta guisa avanza despacio sobre el abismo... como un ángel.

Los ermitaños del monasterio juzgan que es el diablo que ha entrado a sus jardines. ¡Cuántos siervos! ¡Qué alboroto el de su infernal presencia! Pero ha sido el rey, es decir, el que ya no lo es, caprichoso, mudable, siempre antojadizo, quien los hizo llamar: a Sevilla, Granada, Toledo y Valladolid. Carlos todo lo observa desde su solarío, envuelto en siete frazadas a causa de sus tercianas, mientras engulle voraz una de sus pantagruélicas viandas, en compañía de su médico Mathiso y de Guillermo Malineo, mascándolo

todo con esfuerzo a causa de la quijada de burro que parece más empotrada en su cadavérico rostro que humana natura. Devora perdices de Gama, carneros criados con pan de la Guadalupe, cuya carne es un manjar, ostras frescas y en escabeche, lenguados que tráense de Lisboa envueltos en nieve, y francolines de Toledo, y salchichas de Flandes, y empanadas de anguila, y platijas de Sevilla, y lampreas de Portugal, y un buen plato de huevos y torreznos que son duelos y quebrantos, todo acompañado con vino y cerveza en abundancia. En haciéndolo, goza de la admirable precisión de las cabriolas y de los malabarismos ejecutados por los saltimbanquis. Feria de portentos y prodigios.

Mas los curas ven el jolgorio con desconfianza. «Belcebú tiene mil caras», murmuran entre ellos. Francesillo, en cambio, afamado exbufón de la Corte, hombre de placer, albardán y truhan, encapuchando su disfraz de emperador, haciéndose pasar por criado, todo lo observa con ánimo exaltado. Él siente que estos artistas son sus semejantes.

—¡Ah —exclama—, si en mis tiempos de bufón de la Corte hubiese domeñado yo estos oficios espléndidos!

También hay gitanas prestidigitadoras entre estas gentes, una de ellas se hace llamar Manuela y le dicen la Tatuana, y viene de la villa de Santiago de los Caballeros de Guatemala huyendo del Tribunal del Santo Oficio. Echando mano del rojo pie de gallo, y de las verdes hojas de Pacaya, y de las aromadas de ramas de pino, y de las amarillas sartas de manzanilla, y de las piñuelas provocativas como sensuales labios, y con tañido de chinchines y pitos y estruendo de caparazones de tortugas, ella ha adivinado el porvenir y anticipado que en tres días el que fuera emperador ha de pasar a mejor vida, pero nadie la cree.

¡Escuchad a los cómicos representando sus truculencias! ¡Oíd las trovas de los juglares ciegos! Se hacen acompañar de arpas y vihuelas, de zanfonas y rabeles. Un poco más allá, Francesillo, que hacía se llamar en veces Rinconete, en veces Cortadillo, dando muestras de ejemplar y honestísimo entretenimiento, hace guiños

a los titiriteros, quienes tras su retablo portátil representan, según crónica francesa, la libertad que dio el señor don Gaíferos a su esposa Melisendra, cautiva de los moros aquí en España, en la villa de Zaragoza. ¡Mirad a maese Pedro, con un parche de tafetán verde en el ojo izquierdo, dando vida a sus marionetas!

Gentes y gentes aquí y allá. Se les ha dado puerta franca para que todos se apersonen a ver esta fiesta de las vanidades. Han venido de Cáceres, de Plasencia, de Béjar. Hay pastores y carpinteros, hortelanos y albañiles, sederos y curtidores, talabarteros y zapateros, en fin, campesinos y artesanos, de los huertos y de los nuevos burgos. Todos lo observan todo, perplejos, atónitos, divertidos.

¡Mirad a Polichinella, jorobado, barrigudo y de enorme nariz ganchuda, y a Coviello punteando las doce cuerdas de una bandurria! Comedia del arte que invade patios y jardines de este convento que fuera trastrocado en palacete para el emperador y que hoy es teatro de un porvenir improbable, anticipo de lo que ha de ser, explanada para acoger a los viajeros del tiempo.

Y hay micos de feria por todas partes, adiestrados, para hacer toda guisa de brincos y volteretas y demás monerías. Por su parte, aquestos artistas improvisaban escenarios pintados con un carbón, donde interpretaban histriones de la peor especie que hacían funciones en rededor de los estanques, atrayendo a la plebe con la más grosera lubricidad tanto en las palabras como en los gestos. Paseaban a una menguada primera actriz vestida de hombre, precedida por el atambor, para atraer gente a su obsceno espectáculo. Así regístralo el cronista con pormenores de esta y demás explícita especie.

Francesillo sabe que todos lo creen muerto. «¿Quién mató al bufón de Carlos V?», se han preguntado en la Corte por años. Hábil en zaherir y motejar, no le faltaban enemigos. Pero también ha habido quien lo encomia. Un tal Francisco Umbral, por referir a alguien, lo ha considerado el santo —pero maldito— patrón de

los fablistanes españoles, cronistas de sucesos políticos y sociales al precio de una *gaxeta* veneciana. Y otro letrado, apellidado Valle-Inclán, lo llama *esperpento*.

—¿Quién soy, en verdad? —se interroga el bufón. Y él mismo se contesta: —Loco fingido. Solo eso.

Fue afamado en su tiempo. Presumía de ser hijo de sastre, y decía converso, y entre sus ancestros nombraba a Íñigo de Zúñiga, maestresala del primer duque de Béjar y uno de los doce caballeros regidores que gobernaban Plasencia. De mozalbeta fue bufón al servicio del segundo duque de Béjar, don Álvaro de Zúñiga, grande de España y caballero de la insigne Orden del Toisón de Oro. En llegando Carlos a España, proveniente de Flandes, se le vio postrado a sus pies, acompañando al duque. Raudamente cruzó con Su Majestad una mirada, pero rápidamente bajó la vista al suelo. Así conoció a quien luego sería su amo y señor por muchos años. De entonces en adelante, estando aún al servicio del duque de Béjar pero viajando con el séquito del rey niño por las vastedades de Aragón y de Castilla, arrastrado por el huracán de la rebelión comunera y hasta la invasión de Navarra por los franceses, fue inventando sus personalísimos chascarrillos sobre la cortesanía hueca y fatua con la que convivía y motejando sin piedad a tan falsos y altos personajes. Acaso por ser su lengua y su escritura arma tan afilada contra tanta conjura y tanta envidia, resquemor y escocimiento contra el intruso flamenco, Carlos lo llamó a su lado rondando el año de 1522.

Casó, tuvo hijos y recibió derecho de mayorazgo. Y entonces, el abrasador demonio de la literatura se posesionó de sus entrañas. Por entonces datan sus primeros apuntamientos de lo que habrá de ser la celeberrima *Crónica burlesca del emperador Carlos V*, en que revelaba indecentes secretos de la Corte pero con lúcido verbo, lo que probó que era persona instruida y amante de las letras. De Toledo a Badajoz, de Sevilla a Granada, hubo de cargar sus papeles, y escribe, escribe, escribe... Y entonces, entonces divulgó sus manuscritos al interior de la Corte. Iban de mano en mano, de carcaja-

da en carcajada, de pasmo en pasmo. Y claro, sus enemigos crecen como hongos venenosos aquí y allá. Recibe advertencias. Recibe improperios y maldiciones. Recibe amenazas en cartas sin rúbrica. Atemorizado, huye a Béjar hasta que, aplacados los humores de sus burlados, torna a la Corte al tiempo del nacimiento de Felipe, el heredero. Y fue el Saco de Roma y fue la peste en Valladolid.

Gracias a su extraordinario ingenio y mordacidad y a su lengua punzante y viperina, hízose de considerable fortuna, permutando sus escritos por ducados y maravedíes, y aceptando encomiendas de ambiciosos y trepadores. Pero aquella burla perpetua de todo y de todos removi6 los rencores de sus hostiles, muchos de ellos nobles poderosos que fueron objeto de sus burlas y agravios y que nada podían hacer contra él, pues gozaba aún del favor y la protección del emperador. Contaba, además, con el apego y la querencia de la emperatriz, con la que llegó a intimar para despecho de sus contrarios.

Sintiéndose guapo y apoyado, Francesillo, empero, no midió sus pitorreos y chanzas. Tal vez desconocía la intensidad de los tórridos amores que hubo antaño entre el rey y Germana de Foix, su joven abuela viuda, que esposa de Fernando el Cat6lico fue... hasta que este muri6 a causa de un bebedizo para el vigor amoroso. El hecho es que ocurri6se al buf6n el choteo de vincular la obesa humanidad de Germana de Foix, entrada en carnes con los a6os, al terremoto que se produjo en Granada durante la luna de miel de Carlos con Isabel de Portugal. Seg6n Francesillo, la catástrofe había sido causada de esta guisa: contaba el c6mico que, invitada a los festejos, reci6n casada por voluntad de Carlos con otro Fernando, duque este de Calabria, andaba la joven abuela en sus menesteres de amor con quien era su tercer marido; relataba el truhan que los chillidos de esta alunada reina que ya no era se escuchaban por los patios y jardines del palacio donde moraba y por las calles y plazuelas de la villa; afirmaba que cierta vez grit6 como una desquiciada toda la noche a causa de sus espasmos carnales y que, en alguno de estos requiebros, salt6 de la cama cayendo sobre sus

antífonas, es decir, sobre sus desmesuradas asentaderas, y que, al hacerlo, hundió de un trazo dos entresuelos, mató a un botiller y dos cocineros que debajo dormían, despanzurró muebles y toneles de vino, trizó vajillas y espantó a los perros y gatos, que huyeron despavoridos aullando como bestias endemoniadas, de tal suerte que provocó también la telúrica sacudida. A más de esta imprudencia, añadió el bufón una desafortunada broma sobre la lealtad de algunos nobles cercanos a Carlos que gozaban de su confianza. En fin, que todos estos excesos le ganaron la irremediable ira del rey, quien ordenó su expulsión en el acto de palacio.

Fue así como don Francés regresó a Béjar y se puso de nuevo a las órdenes del duque y más luego fue nombrado alguacil mayor de la villa.

Una tarde de invierno, ya la temprana penumbra cubriéndolo todo con su plumizo manto, ambulando por la Ronda de Navarra, y luego por la Bajada de San Albín, y por fin en llegando a la plaza Mayor, Francesillo fue acuchillado por tres sicarios embozados que lo emboscaron en un ángulo de una de las torres del palacio ducal, por los lados de la iglesia de San Juan, como si viniesen de las antiguas juderías cuyos pobladores fueron expulsados de España en 1492. Se contó que varios vecinos lo llevaron a casa, que iba malherido, rajado en brazos, costado y cuello, y que, agonizante, al escuchar que su mujer preguntaba: «¿Qué ruido es ese?, ¿Quién vive?, ¿Ha pasado algo, por Dios Cristo?», don Francés, con una sonrisa amuecada de dolor, pero impasible como una estatua de mármol, respondióle: «No es nada, señora, sino que han muerto a vuestro marido».

¿Quién era el autor intelectual del crimen? Se dijo que un noble comendador de la Orden de San Juan. Se dijo que un catedrático de la Universidad de Salamanca. Se dijo que un Grande de España, señor de la Corte. Se dijo que un obispo de la Iglesia. ¡A cuántos Francesillo había hecho víctimas de sus sarcasmos! De mano en mano circularon unas anotaciones sin autor, pero que se sabía habían sido escritas por un amanuense de nombre Luis García Jam-

brina, con el sugerente título *de El manuscrito de fuego*, en que se proponían las más inverosímiles pesquisas a este respecto.

Pero no murió el bribón, aunque así se hizo creer. Astuto y taimado, siendo que la ocasión la pintan calva, Francesillo mandó organizar unas honras fúnebres como si fuesen para él, de modo que sus enemigos consideraran satisfechos sus enconos y venganzas... y lo dejaran en paz. Y así fue. Varias veces cambió de nombre, como ha sido dicho: Rinconete, Cortadillo, Vidrieras, Cipión, Berganza, y sobrevivió muchos años hasta este día en que apersonose al palacio-convento de Carlos en Yuste.

¿Qué buscaba? La verdad, no estaba cierto de sus propósitos. Solo quería mirarle la cara al rey que una vez lo protegió y luego lo empujó al estercolero del olvido... y de la muerte. ¿Para qué ansiaba verlo? No lo sabía. ¿Tenía algún sentido todo aquello? Era un instinto, una querencia que irrumpía desde el sótano de su alma, una voz interior a la que Francesillo obedecía como a un mandamiento divino.

En el bullicio y la algarabía de los cómicos, aprovechando una distracción de los guardias reales, el bufón, encubriéndose tras su disfraz de emperador, haciéndose pasar por criado que atendía sus labores, portando escudillas y garrafas vacías, y bajo parda caperuza de disciplinante, se introdujo por el claustro del convento, entró a la iglesia, cruzó su única nave hasta el altar mayor y entonces descubrió la ventana que comunicaba con el dormitorio del rey, de modo que este pudiese acudir a la Liturgia de la Palabra y a la Liturgia de la Eucaristía sin moverse de su lecho en sus horas de postración, que eran las más.

Empujó la hoja acristalada de su quicio, cruzó el vano, bajó unos peldaños, observó las negras vestiduras que decoraban la recámara en memoria de la emperatriz muerta y, sabiendo que Carlos estaba en la terraza, resolvió esperarlo. Al punto, desembarazose del capuz y descubrió su embozo de falso monarca. Entonces los vio.

Sobre la escribanía, junto a la cama, reposaban unos abultados manuscritos. Se aproximó a ellos y leyó el título en la tapa del cartapacio que los contenía: *Sueños de América, o Yo, el que era rey, segunda parte: Donde se cuentan mis sueños proféticos de América, corroborados luego por la historia oficial registrada por los cronistas y por las cartas de relación que recibí de mis descubridores y conquistadores.*

Sucedió entonces que, en tocándolos apenas, como si se tratase de un embrujamiento, el intruso fue transportado a otro mundo: delirante, ofuscado, enardecido, vio naos en mares encrespados, vio Leviatanes y peces voladores, vio sirenas, vio islas habitadas por hombres de un solo ojo, vio loros que cubrían los cielos en tupidas bandadas, y, cerrando los ojos, vio a hermosas y esbeltas jóvenes desnudas apresurando sus pasos por deslumbrantes playas cubiertas de perlas, y sintió la temible presencia de unos guerreros trajeados como tigres y de estotros con atuendos de águilas, y observó grandes ciudades de piedra en la cumbre de muy altas montañas, y luego advirtió la presencia de imponentes monarcas de lustrosa piel, adornados por rica joyería y plumas, sentados en tronos de oro desde donde gobernaban el mundo.

Despertando del súbito ensueño, despabilado, lúcido, perspicaz de nuevo, el intruso da dos pasos atrás y, abrazado a los manuscritos del emperador, tropieza con la silla articulada con ingenios extensibles para levantar las piernas enfermas de gota y cae de espaldas sobre su cutre acolchado. Entonces, mirando a su rededor, y, como si simulase ser rey, Francesillo, el que fuera bufón de la Corte, descubre la tapa del cartapacio y, exaltado, como si profanase un arcano, comienza a leer.

Glossae ad Chronicarum Indiarum.

He aquí los sueños proféticos de Carlos sobre el descubrimiento anticipado de otro mundo, que ahora llaman Nuevo, y del descubrimiento que sus moradores del lado de allá hicieron de este mundo del lado de acá, que por contraste ha dado por llamarse Viejo. Europa y América. América y Europa. Espejo frente a otro espejo, reflejo uno del otro hasta el infinito. Sueño y pesadilla en

los que se sueña un sueño y una pesadilla que a su vez sueñan otro sueño y otra pesadilla, en un vértigo sin término, como si se cayera en un pozo sin fondo.

—A ver, a ver —murmura Francesillo.

¿Cuáles fueron las visiones de Carlos, cuáles sus quimeras y espantos?

Todo comienza por un crimen.

Primera parte
Las islas. Tierra Firme

I

—¡No le matéis! ¡No le matéis! —así vociferé en plena noche, despertando de mis delirios. Mis criados acudieron al momento, y con ellos trajeron a mi médico Matisio, para que cure y cate de mis males. Le escuché mandar que le adobaran los candiles para mirarme mejor los ojos y la lengua, y en justo y en creyente impúsome sus emplastos de cebada, betónica y verbena útiles para la dolor que se faze en la media cabeça, a que llaman en arábigo xaqueca, pero también para la ansiedad que hoy exalta y revuelve mi ánima.

—¡No le matéis! —exclamé de nuevo, empapado en sudor, espantado, febril, en medio de la noche eterna... Y entre la espesa muchedumbre de mis muertos, a quien miraba esta vez era al cacique Atabalipa, rey de Quito, Cuzco, Xauxa y Caxamalca. Lo veo a punto de ser ajusticiado, era llevado al medio de la plaza y allí atado a un palo—. ¡No le matéis! —volví a gritar en vano, mientras Matisio regresaba mi trastornada cabeza al mullido hueco de las almohadas. Y conmigo vos, madre, siempre, siempre.

He de admitir que en llegando los europeos, América se había convertido en un continente enfermo y sangriento, pero de igual suerte digo que no dejaba de serlo antes de nuestro descubrimiento, con sus sacrificios humanos, con sus actos caníbales y con las cientos de conflagraciones que hubo entre sus pueblos. Yo solía detenerme a meditar en estos asuntos con los enviados de Cortés, que trajéronme sus cartas de relación de sus conquistas, o con los de Pizarro, o con los cronistas que designé para dejar constancia escrita en nuestros archivos de aquellos remotos eventos, pues es

verdad que lo que no se escribe no es. De cada uno tomé debida nota, soberano como fui de aquellas inmensidades, y en cada uno estuve o por interpuesta persona, bien empuñando la espada con mi firme mano, bien rubricando capitulaciones y nombramientos, bien modelando al mundo nuevo con mis leyes y ordenanzas. Así que si ahora los muertos «del lado de allá» se arrejuntaban a los muertos «del lado de acá», era con legítima soberanía, pues una sola corona presidió la destrucción y a la vez la creación de reinos, el derrumbamiento de pirámides y a un tiempo la fundación de ciudades y la implantación de un nuevo estado de cosas por aquellos señoríos. Yo, el que era rey, soy el culpante de todo.

Es sabido que mayas, mexicas e incas guerreaban con otros reinos e imperaron a la fuerza por vastos territorios a su alrededor, Tikal contra Catakmul, Tenochtitlán contra Tzintzuntzan, Quito contra el Cuzco, y la lista es extensa, según me ha sido relatado en memorias y documentos, de modo que los pueblos sometidos tenían que pagarles tributos a sus vencedores en cacao, miel, jade, pieles de jaguar, oro, plata, maíz, frijoles, amaranto, chía, mantas y telas de algodón, copal, liquidámbar, sal, trajes militares y otras vestimentas y plumas, y contribuir con hombres para la guerra, y mano de obra esclava para la construcción de sus casas y edificios o el cultivo de sus tierras, y con víctimas para sacrificar a sus dioses, como hemos hecho los europeos durante milenios. Saetas de pedernales y arcos de madera, lanzas con puntas de huesos afilados, macanas con incrustaciones de obsidiana, espadas de madera con pequeños dientes de cuarzo a cada lado, hachas de bronce, boleadoras con dos o tres proyectiles pesados unidos por cuerdas, y muchas hondas y piedras rollizas hechas a mano, y escudos de madera forrados con cueros o plumas, y grebas de cobre en brazos y piernas, y cascos de madera reforzados por anillos de metal con formas de lobo o águila o jaguar adornados con plumas, así sus temibles armas y armaduras... pero inocuas ante nuestro acero, nuestra pólvora y nuestros caballos.

También impúseme de que entre aquellos salvajes la sífilis y la tuberculosis, la lepra blanca y las fiebres causadas por la picadura de garrapatas y piojos, las úlceras hemorrágicas y el tabardillo, entre otros males, ya habían dado cuenta de miles y miles mucho antes de nuestra llegada. Tanto que la primera vez que las bubas se vido en España fue después que el almirante don Cristóbal Colón descubrió las Indias y tornó a estas partes, y algunos cristianos de los que con él vinieron que se hallaron en aquel descubrimiento y los que el segundo viaje hicieron, que fueron más, trajeron esta plaga que pasó de España a Nápoles y de aquí a Francia, y de ellos se pegó a otras personas, por lo que unos la llaman sarna española y otros mal italiano o mal gálico, y es cierto que de ninguna manera se pega tanto esta peste como de la fornicación de hombre a mujer, y de los cristianos que se dan a la conversación y ayuntamiento de las indias pocos hay que escapen de este peligro, como hubo de relatarme mi cronista de las Indias don Gonzalo Fernández de Oviedo, recientemente fallecido en la ciudad de Valladolid, que Dios lo tenga en su gloria.

Sí, digo verdad, las Américas eran ya violentas y mórbidas para cuando fueron descubiertas por España, como lo es toda la humana especie aquí, allá y acullá. Pero no puedo ocultar que, en irrumpiendo nosotros, se convirtió en un infierno aún peor que el que ya era y aún peor que este viejo mundo que habitamos a esta orilla oriental de la mar oceána, la cristiana Europa plagada de guerras y matanzas, de hogueras humanas, de calabozos de tortura y de pestes. *El hambre antigua de Europa, hambre como la cola de un planeta mortal, poblaba el buque, el hambre estaba allí, desmantelada, errabunda barcha fría, madrastra de los pueblos, el hambre echa los dados en la navegación, sopla las velas.* Hubo bardos que así lo cantaron, como Neftalí, en el valle de Chile, a quien he de referir más adelante. Aquí, en Yuste, oteando al que fuera mi reino como una gran ficción, póngome a considerar si acaso no hubiese sido mejor no descubrir nada y afrontar mi destino imperial sin el oro ni la plata de las Indias, que tanto lo trastocaron todo.

En aquel continente remoto de cíbolos y antílopes, de cabras montesas y ciervos, de jaguares y águilas, de caimanes y salamandras, de cocuyos cada uno con cuatro estrellas que relucen a maravilla, de manatíes que son como vacas de mar y unos peces con dientes que llaman pirañas, de guacamayas y monos, y de culebras de más de cien pies de largo con conchas y la cabeza como una lebrél y con orejas y de gordor de un caballo... pero sin rumiantes, ni gallinas, ni cerdos, allí, donde hombres y mujeres van desnudos como Adán y Eva, nuestras plagas avanzaron como un invencible ejército destructor.

Tuve en mis manos un códice indiano que describe la catástrofe. Nuestros puercos y nuestras pollas contagiaron de gripe a los primeros conquistadores ya en La Isabela y los indios de aquellas ínsulas llamadas de las Antillas caían como moscas. Unos esclavos negros vendidos en Santo Domingo contagiaron la viruela a portugueses y españoles, y un navío de transporte llevó esta pestilencia a la Nueva España, desde donde se propagó por aquellos señoríos, y luego de Guatemala al Nuevo Reino de Granada y de aquí a Quito, hasta abrasar al Imperio inca con su atroz mortandad. Igual cosa aconteció con el sarampión, la difteria, el muermo, la varicela y la malaria. Que no se miente al afirmar que nuestras pestes eran más letales que todas nuestras espadas y nuestras alabardas, y que nuestras ballestas y nuestros arcabuces.

Pero con franqueza os digo, madre, que poco escogimiento tuvo la paz. Eran dos mundos que colisionaban fatalmente: uno de ellos iba con sed de oro y poder, otro andaba sumergido en supercherías y paganismos, dos lenguas, dos historias. Solo el sometimiento de uno de ambos podía ser la base del Nuevo Mundo que estábamos por construir. Era de natural que aquellos reyes y pueblos defendiesen sus ciudades y sus tierras, sus costumbres y sus dioses. Tanto como lo era que nosotros cumpliéramos el mandato divino de pregonar la palabra del único Dios verdadero y que impusiéramos el poder de un imperio que debía ser implacable para ser universal.

En hollando Colón las playas de las primeras islas, el desencuentro mostró su aterradora faz. Si la de los poderosos mexicas y mayas o la de los altivos incas se probó luego vana y ociosa, la resistencia de aquellos pueblos primeros que encontramos a nuestro paso fue, para usar dos vocablos que les son propios, como una frágil canoa al centro de un huracán, así que cual campanada en el fondo del mar, la ira taína contra los abusos de españoles para con sus mujeres e hijas se extinguió sin pena ni gloria. Kaonabo, el primer cacique en rebelarse, murió de tristeza mientras era llevado encadenado de La Isabela a España para traerlo a mi presencia... y dicese que desde los pantanos de la muerte, hizo naufragar la nave con su cadáver adentro. Anacaona, su mujer, fue ardidada en llamas. Y el fuego de Hatuey, otro cacique condenado a la hoguera, aún puede verse recorriendo los caminos de Yara en la isla de Cuba.

Tan solo Enriquillo, así inventado por Las Casas, sobrino de Anacaona, desdoblado en Guarocuya, cacique de Jaragua pero criado por franciscanos, indio y súbdito castellano, azotado por su amo y descamisado por propia mano, rebelado en la Sierra de Bahoruco, perpetrador de asaltos, incendios, correrías y asesinatos de españoles, astuto, paciente y prudente, afantasmado por aquellas espesuras, combatiendo aquí y huyendo allá, hubo de vencernos, al punto de tener Yo que encargarse de pactarse la paz con ese demonio para tranquilidad de La Española, a fines de lo cual escribí una carta que avínole bien. Cedí tierras, reconocí libertades y admití cultos herejes. En fin, que Enriquillo acató a su modo, es decir, sin hacerlo, mi autoridad imperial, y vino a morir años después de una de sus fiebres perpetuas pero en libertad. Supe meses luego que el sitio de su sepulcro fue convertido en lugar de peregrinación por parte de los nativos, por lo que mandé construir sobre aquel túmulo la iglesia de Agua Santa de la comunidad de Boya..., pero se me ha dicho que cuando los pocos indios que quedan van a orar a Cristo Nuestro Señor, dizque convertidos en obedientes católicos, de hinojos ante la cruz, persignándose y orando con los ojos cerrados, *transidos, salomónicos, decentes*, a decir de César Abraham,

un escritor de Santiago de Chuco, en el reino del Perú, es en realidad la memoria de Guarocuya la que invocan.

Y así aconteció el abandono de los cultivos, y a este siguió la hambruna que mató a más indios que nuestras espadas y alabardas y aun que nuestras pestes, y, ay, madre, madre mía..., y de mis muertos, supe de los suicidios en masa, aldeas enteras, madre, *Frutos extraños penden de higueras y cinamomos*, así me llegaban noticias de aquellas ínsulas tremebundas, apuntamientos de Abel, cantos de una negra ladina apelada Guillermina, *Dama del Día* era su mote, *Sangre en las hojas*, sangre en las raíces, *Cuerpos pardos balanceándose* en la tenue brisa del Caribe, *Ojos brotados, bocas retorcidas, Perfume de violetas mezclado con el hedor de la carne quemada, Cuervos picoteando los cadáveres, Lluvia derramándose sobre los muertos colgantes*.

Fue aproximadamente entonces que fray Bartolomé de las Casas entró en mi vida con la abominable fuerza de una condenación irrevocable. El cardenal Cisneros, arzobispo de Toledo, y Adriano de Utrecht, aún a mi lado, contáronme de sus primeros alegatos, que me los mandaba decir en un detallado memorial de agravios, denuncias y remedios. De todo, impresionome especialmente la matanza perpetrada por Pánfilo de Narváez, sin razón aparente, en el poblado de Caonao, en la gobernación de Cuba. Indios pacíficos que habían recibido a los españoles con frutas y otros condumios, pero que fueron muertos por centenares a una orden de su capitán. ¡Ay, Cuba, mi amor!: *te amarraron al potro, te cortaron la cara, te apartaron las piernas de oro pálido, te rompieron el sexo de granada, te atravesaron con cuchillos, te dividieron, te quemaron*. Otra vez cito a Neftalí, el poeta del río de lluvia, en las lagunas de la Araucanía. Dícenme Cisneros y Utrecht que el propio Narváez, ufano de su dudosa hazaña y quien parecía tener poca sal en la mollera, preguntó a fray Bartolomé: «¿Qué parece a vuestra merced destos nuestros españoles qué han hecho?», a lo que fray Bartolomé respondió: «Que os ofrezco a vos y a ellos al diablo», y Yo, madre, sentí que era a mí a quien aquel hombre santo ofrecía a las llamas del Maligno. Supo él... y supe Yo desde entonces... que su sola misión en este mundo era

atender de la defensa de los pueblos originarios de aquellas tierras remotas, y persuadido de que así era, y como buen corazón quebranta mala ventura, mandé nombrarlo procurador o protector de todos los indios de las Américas, y se le autorizó poblar la Tierra Firme como indican sus consejos, sin derramar sangre, y anunciar el Evangelio, como él sugiere, sin estrépito de armas, de suerte que gobernadores, adelantados y jueces de apelación debían guardar ese poder que Yo daba y las desobediencias castigarse con el pago de diez mil maravedíes.

Pero todo era inútil, madre. Ha poco publicó una *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, dedicada al príncipe Felipe, entonces encargado de los asuntos de Indias y hoy rey, y que hubimos de prohibir y ordenar se recogiese, pues no está en orden del interés del imperio que allí se concluya que «con color de que sirven al imperio, los españoles en América deshonoran a Dios y roban y destruyen al rey». Pero aquí en mis sótanos, con otros que el Santo Oficio ha condenado y execrado, conservo una de sus primeras copias. Ayer no más pedí a Mathiso... o Matisio, como vos queráis, madre... me leyese algunos de sus capítulos. Y todo, página por página, crimen por crimen, es horror y muerte, *la tristeza más triste del mundo*, madre, *mil gotas de alquitrán en la voz*, según he escuchado que canta una juglar de mi Corte apelado Rodolfito, que me appena lo hecho y quisiera desfacerlo todo y facerlo de nuevo de otro modo.

Lo único fecundo que sacamos, luego que túvelo en mi presencia, allá en mi Palacio Real de Valladolid, y que escuché de sus labios el relato de aquella catástrofe, fueron las *Leyes y ordenanzas nuevamente hechas para la gobernación de las Indias y buen tratamiento y conservación de los Indios*, ingenua tentativa con que Yo quise detener la carnicería: mandaba cuidar la conservación, gobierno y buen trato de los indios, y que los oficiales reales del virrey para abajo no tuvieran derecho a la encomienda de indios, y que no hubiera causa ni motivo alguno para hacer esclavos, y que los esclavos indios existentes fueran puestos en libertad.

No puedo dar por cierto que, según describe Las Casas, «estas universas e infinitas gentes haya criado Dios los más simples, sin maldades ni dobleces, obedientísimas, fidelísimas a sus señores naturales y a los cristianos a quienes sirven; más humildes, más pacientes, más pacíficas y quietas, sin rencillas ni bollicios, no rijosos, no querulosos, sin rencores, sin odios, sin desear venganzas, que hay en el mundo; delicadas, flacas y tiernas en complisión y que menos pueden sufrir trabajos, y que más fácilmente mueren de cualquiera enfermedad; que ni hijos de príncipes y señores entre nosotros, criados en regalos y delicada vida, no son más delicados que ellos, aunque sean de los que entre ellos son de linaje de labradores». Tampoco que sean «gentes paupérrimas y que menos poseen ni quieren poseer de bienes temporales, y por esto no soberbias, no ambiciosas, no codiciosas, y que su comida es tal que la de los Santos Padres en el desierto no parece haber sido más estrecha ni menos deleitosa ni pobre». Sí concuerdan crónicas y relaciones con las narraciones de fray Bartolomé en que «sus vestidos comúnmente son en cueros, solo cubiertas sus vergüenzas, y cuando mucho cúbrese con una manta de algodón que será como vara y media o dos varas de lienzo en cuadra», a causa de lo cual pensose en que se llegaba al Paraíso. Estos semejaban todos adanes y evas sin pecado original, pues no se avergonzaban de su desnudez... y acomodábanse en que «sus camas son encima de una estera y cuando mucho duermen en unas como redes colgadas que en su lengua llamaban hamacas». Ahora sé también de sus furias, de sus flechas y dardos envenenados, de su atroz costumbre de comer la carne de sus enemigos muertos para así hacerse de sus almas, como hicieron con los ojos de los españoles que Colón dejó en La Española al regreso de su primer viaje. Y ahora hemos podido conocer sus ciudades y templos, sus vestidos y armas, sus joyas y sus gobiernos, así que también ellos, como nosotros, fueron expulsados del Edén, condenados «a parir con dolor, a comer con el sudor de sus rostros, y a cultivar espinos y cardos».

Zanjado por el papa el asunto de si Dios les había dado a los indios de América los mismos talentos que al hombre blanco; probado el error de fray Juan de Quevedo, obispo de Santa María la Antigua del Darién, quien, apoyándose en Aristóteles, argumentaba que las gentes rudas y bárbaras son esclavos por naturaleza, por lo que se pronunciaba a favor de la esclavitud de los indios; consultada la opinión de mi consejero Francisco de Vitoria, quien me razonó que, como gentes que son, los indios no son seres inferiores, sino que poseen los mismos derechos que cualquier ser humano y son dueños de sus tierras y bienes; y reunido todo raciocinio a favor de una y otra opinión, Yo, el rey, deseché mis dubitaciones y proclamé con Paulo III que «los tales indios y todos los que más tarde se descubran por los cristianos, no pueden ser privados de su libertad por medio alguno, ni de sus propiedades, aunque no estén en la fe de Jesucristo, y no serán esclavos». Hoy, agobiado por el molimiento de los años, contrecho y aporreado, mirando atrás, aquel es de los pocos actos que encrespa e hincha mi espíritu.

Supe que mis proclamas desacomodaron a los españoles de allá, por medio siglo ya habituados a las encomiendas de indios y a su esclavitud. Mis ordenanzas eran como oraciones para gente sin fe. Pero Yo no podía pasar por alto ese *obsceno beso de la verdad* que eran los informes de fray Bartolomé. Sí, *obsceno beso de la verdad* los llamaba Yo... ¡Cómo gustaba de remedar los gorjeos de Rodolfito, el ministril principal!

Y entonces, madre, comenzaron, o, a decir mejor, tornaron con fuerza arrolladora mis sueños americanos.

